

La Sexualidad de las Moscas

Había una vez un Papá Noel que le regaló una máquina de fotos a una ciega.

Ella tanteó como si tuviera ojos en las yemas de los dedos y profirió:

"Cómo puede ser tan cruel?"

"Oh, discúlpeme", dijo el Papá Noel, "tiene razón".

La ciega corrió aún hacia la ventana y pudo sentir cómo los caballos del trineo sacudían el aire con sus cascos al vuelo.

Más allá, sobre la mesita ratona, letras negras sobre blanco, nuestro Papá Noel había dejado el

Manual de Instrucciones.

Ella hablaba con palabras precisas, directas, técnicas; sin la nebulosidad de las metáforas, el acento de las rimas ni asonancias. Trataba el tema de cómo emprender algún negocio con utilidad, como obtener ganancias en las ofertas y demandas. Insistía ella sobre tácticas de mercadeo pero no sospechaba que le hablaba a una gente perdida en la eternidad de los sueños, gente drogada en etéreas realidades que la hacían sentirse libres como la brisa, los pájaros, el mar. Ellos esperaban ansiosos algunas figuras estéticas que les agregara alguna sublima esperanza.

Ella carecía de entonaciones que les estremecieran los sentimientos, su lenguaje era directo y simplemente "to the point", Insistía en sus estrategias de mercadeo, hablaba del ciclo de vida de los productos, comentaba acerca del "supply and demand", de la necesidad de nuevos inventos de consumo; hablaba de nuevos métodos, de fórmulas estratégicas para incrementar el capital. Aquella oferta que ella les hacía, pensaban ellos, lo que les prometía era un cautiverio. Perdidos en sus monólogos internos, esperaban ansiosos el vocabulario que contrastara aquellas flamantes palabras de negocios, entonces el ruido de unos tambores, maracas y guitarras se oyeron en la distancia, todos volvieron las cabezas y así poco a poco y uno a uno se fueron alejando de aquella verbosidad mercantil y añadiéndose a la parranda, cuando ella se dio cuenta, todos la habían abandonado:

Los antagonistas perdidos
en sus sueños de esperanza,
atrapados en laberintos
se olvidaron del mañana,
cantando alegres bailaban,
bailando alegres cantaban
que la vida es sólo eso:
flor de mente, humo, nada.

Después en su automóvil desde su ventanilla ella observó la parranda que se alejaba, nadie le dio importancia al valor de sus palabras, todos cantaban y bailaban regocijados: las palomas, los alcatraces, y hasta los perros ladrando se habían ido también con ellos.

esclavo de la posibilidad de este momento, del temor ante esta situación. Tanto me habían desgastado. Tanto hubiera querido poder odiarla. Nunca pude. Ahora sí. Sentí que el sentimiento más fuerte que pude tener como hombre se volvió fuego asesino en contra de este yugo que se me hacía eterno. Ahora era libre, ahora podría vivir en paz por fin, ser yo y no solo el que amaba inútilmente. Mi amor se había vuelto odio, mi odio había conquistado mi libertad.

- fin

***duerme duerme que la luna
dura sólo dos días.***

dedicada a Angel Torres Moreno,

insuficientes, escasos, separaban su rostro delicioso, sus labios lilas abundantes y su nariz pronunciada y personal de la adusta cara del imbécil. Este exhibía una cara más idiota que la habitual, en la que se destacaba un labio inferior languido que era patente de lo que el suponía era una cara de conquistador. Mi sangre se desbandó, inundando de calor mi tez, mis extremidades, hirviendo mi cerebro. Tuve que recostar casi todo mi peso recuperado en la pared contigua. Tuve que improvisar una mueca cínica para responder al inquisidor vistazo que me echaron mis amigos. Pero fue solo para ellos. A mí, lo sabía, ya no me podía engañar. El colapso era inevitable y su desenlace inminente. Sonidos agresivos inundaron la sala, las luces se hicieron cómplices del espectáculo y solo por instantes, con maldad, la dejaban ver. Solo para que no pueda olvidarme de que la distancia desaparecía de en medio de ellos. Ya no conseguía oír la música, ya no necesitaba las luces. Los veía claramente, nítidos, inmensos, hacían jirones mis retinas, herían mis párpados si los bajaba. Todo lo demás, todos los demás, desaparecieron, pasaron a un 2º o 3er. plano. Ellos ocupaban toda la pantalla. La música solo remedaba la violencia que se condensaba entre mis ojos, el fuego que devastaba mi lucidez.

Mi boca ya no estaba, ni mi nariz, ni mi cuerpo, era solo una mirada agresiva, sedienta de destrucción. Solo estaba yo, mi mente, y sus demonios, ante lo que debía destruir, ante lo que debía dejar de ser, pues no merecía la vida para usarla de esa manera. La fuerza que me hacía peligroso y me había mantenido alejado de las personas por bastante tiempo, surgía ahora omnipotente, y me enardecía el permitirle crecer y agigantarse. Dejé de sentir mi cuerpo y solo sentí la fuerza arrasadora que se arremolinaba en el interior de mi cabeza, quizás se me erizaban los pelos, no lo pude saber. La hostilidad condensaba la energía destructora en un solo gesto, la concentraba en una sola llamada. Cuando sentí que me iba, que perdía la conciencia que me restaba, la deje salir de una sola vez.

Los rasgos de mi cara se apagaron, un rayo imponente, magnífico, brotó de entre mis ojos, de mi ceño hecho hoguera, su luz se hizo materia brillante y fulminante, en una fracción de segundo iluminó todo engeuecedoramente y surcó los metros de distancia que me separaban de los dos condenados. Ellos acusaron el impacto cuando ya ni una mueca de dolor podían hacer, sus masas corporales se encandecieron de blanco solar, su combustión tardó solo un respiro. Sentí como se extinguían a mi voluntad.

Volví. La luz se desvaneció y las cenizas alborotadas por una brisa incoherente se esparcieron por el suelo. La música fue perceptible otra vez. Las amigas de ella estaban absortas en la voz del artista que parecía invocar todavía más furia. En donde estuvieron sentados solo quedaba algo de polvo que se confundía con el material sucio del piso. La gente seguía en imperturbable trance y yo estaba exhausto.

Me separe unos centímetros de la pared y, cuando estuve seguro de poder sostenerme en pie, me marche lentamente por entre la aglomeración de gente al fondo. La música a mis espaldas se volvía murmullo, como de arroyo pacífico esta vez, y mi cuerpo recién recuperado se sentía ligero. Mi mente también, así como mi alma. Tantos años había sido

Una iguana perdida y herida intentaba cruzar la calle, ella detuvo el auto, introdujo el reptil saurio dentro del carro, le acarició la cresta espinoza; pensó que la vida es tierra, el tiempo sólo polvo de la imaginación de un dios que creyó conflictivo ya que insistía en pensarnos antagónicos. En su apartamento prendió la radio y bailó con la iguana abrazada en su regazo. Quiso súbitamente ser uno de aquellos parranderos y filósofos que gozaban del día de hoy sin preocuparse del mañana.

@-Montreal

anónimo

MIERDA, SOLO, MIERDA

El teléfono no habla, no me mira, no le importo. La computadora solo adula, pero cuando quiere. Colgarse el uno o la otra, son lo mismo, me cuelgo de verlos tanto.

El tedio, en la soledad, me parte el día, me jode la vida, me tuerce las tripas. Siempre la quiero, pero a la soledad sola, no con el tedio, allí no la quiero, así no la tolero. La vivo entero, la siento contento, pero con él, con el tedio, no puedo, me muero, rápido y sin terminar... me muero sin parar. Mala mezcla, mal resultado, yo en el suelo, mi futuro agotado, la mierda como escenario, la salida: por el baño. No seré más. Ya no seré. El tedio me lo ha quitado. Hasta la soledad me ha dejado.

Con un teclado, con plástico y ojos rechazados, me siento a desparramarme en mis yemas y estupideces alineadas a la izquierda, en un documento ya grabado. Busco perderme, para poder tomar algo de aire, dejar de escucharme, poner las palabras en frente a mí para poder ignorarlas, fuera de mi mente!. Parpadea el puto cursor, espera más... no tengo más, no tengo nada, nunca tuve, solo soy un fraude, una nada. Nadie se da cuenta pero me pesa en la espalda, me curva la columna, me pone en negritas lo que intento negar. Ni la tele me va a ayudar.

MIERDA, MIERDA, MIERDA, MIERDA, MIERDA

Yo vi como el perro miraba la foto pegada en el poste de luz. Los perros no se acercan de cualquier manera a un poste aunque los postes se encuentren distribuidos vaya saber gracias a qué lógica o azar. Pero lo cierto es que ese perro miraba la foto de un perro que estaba pegada en un poste de luz a la altura de su negro hocico.

La habrá pegado un pibe, dijo el kiosquero que hacía un buen rato que miraba la escena.

El perro miraba la foto y de eso no me cabe la menor duda; luego volteó su cabeza hacia nosotros, marcó territorio y se fue.

Al día siguiente volví al kiosco y allí estaba desde muy temprano el perro que mira la foto. Debe ser su propia foto, le dije. No, el de la foto es ovejero, me dijo, y este, este, se perdió, seguro.

Pasó una semana e invariablemente el perro miraba la foto que según el kiosquero no era la propia, mas decidimos llamar al teléfono que figuraba y explicarle a quien nos atendiera la situación.

Pero la situación fue que la mujer siempre había sido alérgica a los perros, que jamás había perdido perro alguno porque nunca había tenido uno en su casa; de todas formas lamentaba el error. Será que el perro se dio cuenta del error telefónico, dijo el kiosquero en los bordes de una actitud pensativa. Quizá, esa sea una foto vieja, quizá éste se pareciera a un ovejero en épocas de juventud. Ya ves, este perro está perdido para siempre y han empapelado el barrio para nada, me dijo.

Dejé al kiosquero y caminé por Pampa hasta el río viendo otras fotos del mismo perro a diferentes alturas de árboles, semáforos y postes. A pocos metros del puente peatonal, me corrí del camino para dar paso a un niño en bicicleta, topándome con un árbol que presentaba de manera perfecta, en distancia y altura para mis ojos, la foto del perro. Créanme, es delicioso encontrar una imagen a la altura de nuestros ojos. Por eso, cada vez que paso por ahí me acerco y como el perro, no dejo de mirarla por un buen rato.

Invente cosas y se las dije a ellos, intentando obviar la atrocidad que se cometía en mi campo visual.

El repugnante se alejó. Algo habían convenido, me convencí de lo contrario y tuve unos segundos de paz... artificial por supuesto. La mujeres que la acompañaban me hicieron gestos saludandome desde donde estaban sentadas, abajo hacia la derecha. Les respondí mecánicamente, no las podía ver por la oscuridad, por la ofuscación. Constaté la vigilancia disimulada de mis amigos, ellos sabían lo que sentía, lo que pasaba, estaban expectantes ante mi reacción. Actué. Sonreí, bromee, me substraí por el tiempo necesario para ocultar el horror que me hacía suyo. Pareció haber funcionado, por lo menos me lo concedieron.

Las luces, las que aún dibujaban algo, se apagaron. Un sonido fuerte, casi un estruendo, calló a todos. Apagó el murmullo humano como de cascada que se mantuvo regular por tanto tiempo. Todas las personas, y las que no, se sentaron en hileras, ella se sentó junto a sus amigas, pero un peldaño más abajo. Yo me mantuve arriba, parado, solo me recosté contra una pared baja que estaba muy cerca. Me quede inmóvil detrás de mis amigos. Podía verla a ella de espaldas, la persona más perfecta que existiera. Tan hermosa que había apagado mi deseo por otras, que tenía la exclusividad de mi libido y de mi bondad escondida. Un ritmo regular y potente tomó de golpe la atención colectiva. Un batir constante e implacable. Un corazón latiendo desahuciadamente con el sonido de explosiones de demolición. Niveló el pulso de todos a su ritmo decidido y el artista fue iluminado por un haz de luz plateada. Su piel era de metal, su mirada era digital, sus movimientos sincopados, convulsionados e, indescriptiblemente, dictados por la música que ya transportaba a todos a unos centímetros por sobre el piso.

Cuando baje la mirada se me cayó algo. Fue mi paz interior. El imbécil acababa de ocupar un lugar al lado de ella. Mucho más cerca de lo conveniente, y se inclinaba aún más, grotescamente, hacía ella, pegando su cuerpo amorfo de animal inferior, al brazo de ella.

Me esforcé como nunca. Confundí mi mente, evité el colapso, pero solo temporalmente. Mi amigo me miraba, había visto lo mismo que yo y esperaba verme mutar en cualquier momento. Yo me contenía. O lo intentaba. Cerré los ojos y dejé que la música me eleve, abrí los ojos y seguí las luces, me entregue al trance. Los sonidos eran una experiencia envolvente, inmersiva. Me sumergí en ellos, oí su historia y compartí su furia, su euforia, su éxtasis. Floté con los demás, perdí mi materia y fui una onda más en el aire. Fluí en armonía desenfrenada con los demás. Fuimos un huracán. Un relámpago absoluto nos puso de vuelta en la tierra. Aquella sinfonía de sensaciones había concluido, la magistral pieza se había acabado para dar principio a una nueva, diferente. Mis ojos insoportables bajaron a la derecha. Los destellos sobrevivientes la bañaron con luz. El azul de sus cabellos cubría parcialmente la espalda incómodamente adjunta a la del imbécil. Hablaban. Centímetros

PAZ?

El espectáculo inundaba los sentidos. No los míos. Yo estaba en otra cosa, no era la cordura, no era la locura, era yo, pero en medio de una tormenta autoinducida. De cierta manera, porque no la podía controlar ni detener. El dominio de la oscuridad era lo primero en notarse, los sonidos viscerales, animalescos y arrulladores (?) eran lo segundo. Lo segundo afirmaba con luces difusas o intensas, siempre alienantes, lo que se te metía en el cuerpo, lo que te reducía a una pieza más en la coreografía bizarra que se desarrollaba. Yo participaba, me movía, veía cuanto me permitían ver, como a los demás, y era una brizna más de pasto en el vendadal que no paraba hacia varios minutos. Los otros se movían, algunos no, esos eran los peores, los más absortos, dominados por sus espasmos mentales que, todos lo saben, son peores que los físicos.

Aunque somáticamente, al menos aparentemente (desde el exterior) la corriente de la música gruesa me poseía. Interiormente, mentalmente, mi tormenta era otra, más fuerte, más grave, mortal. Yo dominaba mis ojos, ¡ja!, no dominaba una mierda. Se me iban a los pocos segundos de haberlos castigado con un fregón nervioso. Se iban para abajo, a la derecha, camisilla blanca, cabellos azules, piel rosa, casi lila. Ella se inclinaba insulsa, promiscua. Giraba para hablarle al imbécil, cualquiera, ni lo voy a mencionar. Pero ella le prestaba atención. Una de las pocas veces en que las personas compartían un mismo espacio físico, una de esas raras, en nuestro tiempo, ocasiones, y ella existía para oírle, para responderle, para sonreírle. Ella lo estaba pidiendo. El maldito, como cualquiera, aprovechaba, no le costaba mucho, seguro que ni lo apreciaba, no se daba cuenta de quien era la que consentía sus estupideces triviales. Era la mía. Era la que durante los últimos 7 años había ocupado mi mente, mi ¿corazón?, mi tiempo no racional, mis huecos de procesamiento, en fin... la que valía algo. La única.

Ella me había recibido con cariño cuando llegué al lugar. Habló conmigo de cosas, de nada. Me mostró afecto. Me envolvió con un brazo exquisito. Yo lo aprobé e intente portarme galán, como siempre lo hacía, como nunca lo conseguía. Me contó 2 o 3 tonterías, a ninguna le preste atención, solo a ella. Conversamos minutos, mientras se preparaba el espectáculo. Yo llegué tarde, me perdí lo anterior, los trajes. Ella los alababa, decía que fueron algo fantástico, casi real, que me los perdí. Me provocaba, y lo fortalecía con roces y muecas sonrisescas. Me tenía a su merced. Siempre me tuvo así.

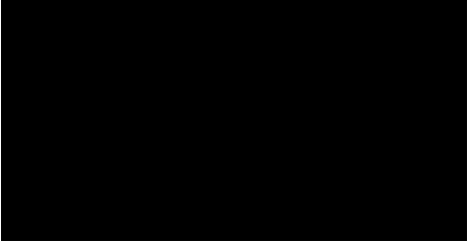
Luego se sumaron otras personas a la charla. Saludos, comentarios al instante olvidados. Ella seguía en mi mente, sola, espléndida, como siempre. Luego apareció el imbécil. Ya esperaba alguna acción repugnante, algún gesto vulgar. Lo hizo. Con el índice, mientras preguntaba cualquier cosa, le tocó la cintura, la piel descubierta e indefensa. Ella no reaccionó como debiera, no se alejó de un salto, ni lo evitó sutilmente, solo se quedó inmóvil, mientras ese asqueroso dedo invasor profanaba la perfección de su piel. La furia se generaba en mí. Mire a otro lado, hacia los portales sensoriales, de donde salían conocidos amigos.

Después del trayecto nocturno en autobús, hacia el norte del Estado, Ricardo llegó a la ciudad petrolera y buscó hospedaje de acuerdo con la orientación del taxista, hay dos que le puedo recomendar, le dijo, el hotel Alameda que está después del puente y varios otros que están en el trayecto del boulevard esos están cerca de los congales, usted decide. Ya en el hotel el hambre le hizo llegar rápidamente al restaurante Tampico, sencillo y con comida típica, sentía un ambiente familiar pero no conocía a ninguna persona, cuando terminó de cenar no se desesperó de seguir viendo caras amables pero desconocidas y así sucedió durante toda su estancia en aquella ciudad que parecía la misma en algunas partes y distinta en casi todas. Las escuelas donde había estudiado desde la primaria hasta la preparatoria, los mismos edificios con mínimas adaptaciones, recorrió su antigua colonia, era otra, los lugares estaban ahí con distinta gente que imaginaba pero no veía, localizaba los puntos de referencia y una sensación de inestabilidad y de contradictoria familiaridad chocaban constantemente. El barrio donde había nacido y crecido hasta la adolescencia se había ido, no sabía si el abandonado era él o la ciudad. Miraba a la gente con discreción pero con un fuerte deseo de encontrar el rostro conocido de la compañera o el compañero de los tiempos de escuela primaria, secundaria o preparatoria no había, después de muchas horas, casi de noche, pasó frente a él un señor del brazo de quien aparentaba ser su madre, con el pelo cano dudando lo identificó como uno de los condiscípulos de la secundaria, pasó de largo y ni siquiera lo vio a él, se preguntaba si aquellas generaciones de niños y jóvenes habían emigrado, todos no era posible, para tratar de salir de esa inquietud revisó el directorio telefónico para buscar apellidos en la sección blanca, en la sección amarilla también recordando con fidelidad sorprendente nombres casi completos, no estaban, era otra ciudad y otra gente, vinieron de golpe los recuerdos, la novia vecina a quien veía todas las noches casi escalando la gran barda que dividía sus casas, el día esperado de la celebración de la independencia donde los juegos pirotécnicos y el torito le hacían reír en esa soledad que le permitía moverse de un

lado a otro sin tener que cuidar a nadie y al final caminar oyendo sus propios pasos por la avenida Juárez hasta llegar a su casa, ese refugio de

siempre, con los ruidos del pozo casi en la misma cuadra, con las cuadrillas de trabajadores donde, hasta lo más alto, a través de las palmas de coco, en el patio, podía ver a su propio padre trabajando de "chango" atrapando los tubos, desde la parte más alta de la torre gritando, pidiendo y ordenando.


La llamada de la administración le despertó, era hora de levantarse y partir, no había tiempo de desayunar, había que dejar la habitación y dirigirse a la terminal de autobuses, después de todo la otra ciudad, la original, la de tierra y plataneros se había ido junto con sus amigos, los del barrio y los de la escuela, no había nostalgia, descubrió finalmente que se sentía seguro, no había famosos a quienes buscar para ver por lo menos de cerca y ver la historia en esos rostros, podía contar los lugares y edificios que seguían igual, podía reconstruir su niñez y juventud pero solamente con la imaginación, en algún espacio de su mente se guardaban olores, presencias, espacios, tiempos, todo y se retiraba para estar lejos y poder seguir imaginando lo que en aquel lugar no podía porque era otra ciudad, la suya se había ido ya físicamente, pero quedaban las imágenes que llenaban todos sus sentidos, no había nostalgia, se sentía seguro de ser desconocido, había encontrado eso sí la misma vida sencilla que había vivido, la vida de todos los días, con lo necesario nadamás, sin poder ni autoridad sobre los demás, conociéndose todos y resguardan la intimidad que a cada uno le era propia. Quería seguir recordando a la otra ciudad, la que lo vio nacer, haciéndola vivir en sus recuerdos para que ya no se fuera, para que no se gastara, porque eso era él, dueño del más rico legado de sus padres, la vida sencilla, que también tenía la otra ciudad, el problema es que ya no era la misma la de antes, la que le quería.



Aquella Verdad absoluta -e inefable- que a veces más bien parece una quimera Muchos -y yo me sumo entre ellos- lo criticaron por "abandonar" aquellos principios revolucionarios de sus años formativos.

Muchos lo condenaron por sus posiciones menos combativas y más serenas. Pero él siempre se mantuvo alerta (incólume) y sensitivo al abuso. Alerta y sensitivo a las injusticias y presto siempre a salir en defensa de los valores que nos definen como pueblo, independientemente de la mano que ejecutara la ofensa. Hoy, que le decimos: "Allá nos vemos, Rafi amigo", con un manto de amargura en la mirada.... Hoy que imaginamos el dolor que debe de estar lacerando el alma de aquella mujer que lo cargó en su vientre y lo arrulló en sus brazos cuando las sombras de la noche le inundaba los ojos de lágrimas y la pena inconmensurable que de seguro estará invadiendo al hombre que lo guió con su ejemplo y con mano firme moldeó su carácter...Hoy que lo recordamos para ya jamás olvidarlo, porque él dejó...su paso por la Tierra una obra literaria y una obra humana que de seguro lo habrá de rescatar de ese anonimato cruel al que nos lanza siempre el olvido....Hoy lo imaginamos vistiendo su más reluciente armadura de caballero andante. Pero no lo vemos reflejado sobre la superficie anacronizante de un espejo cóncavo, sino proyectado en la distancia. Allá, donde el ojo humano carece de jurisdicción. Allá, en la más distante de todas las distancias, con la mirada elevada hacia el horizonte buscando otras distancias para seguir su eterna búsqueda de la Verdad.

Que la Paz del Creador de TODO lo creado acoja tu espíritu, Rafi, compañero y hermano, ya que la Madre Tierra tomó posesión de tu cuerpo.



Rafael Castro Pereda -posiblemente uno de los mejores columnistas de su tiempo- acaba de fallecer. Se nos fue sin decirnos tan siquiera un "Hasta luego". Sin tan siquiera darnos ese último apretón de manos para sellar aquella amistad que se cuajó en aquellos años tormentosos de cuando éramos menos viejos. Pero ese Rafael Castro Pereda, cuyo nombre aparecía rubricando las mejores columnas que se publicaban en El Nuevo Día de Puerto Rico, era simplemente Rafi, Rafi Castro, para quienes tuvimos la inefable experiencia de conocerlo un poquito a fondo, porque así era Rafi: como uno de esos farallones insondables al que uno nunca atina a ver su cuna. Recuerdo que lo conocí durante mi segunda etapa de estudiante universitario en el Resinto de la Universidad de Puerto Rico en Cayey y desde entonces nuestra amistad se fue enriqueciendo bajo el común denominador de nuestro ideario político: La independencia de Puerto Rico. Por un tiempo nos hospedamos juntos y participamos de las mismas actividades universitarias y hasta tomamos algunos cursos de literatura, redacción e historia en aquellos años tumultuosos cuando La Fuerza de Choque de Puerto Rico violentaba la llamada "Autonomía Universitaria" al menor amago de agrupamiento. Y recuerdo también que entre rato y rato surgía entre nosotros algunas diferencias en torno a diferentes aspectos académicos y de índole ideológica. Pero eran más las cosas que nos unían que aquellas otras nimiedades que con tanta insistencia se empeñaban en separarnos. Fue él quien me introdujo a Leon Trostky, a quien leí con apasionamiento, muy a pesar de que era casi un delito mortal andarse uno para arriba y para abajo con Trostky debajo de los sobacos. Junto a él conocí a Fray Bartolomé de Las Casas y aprendí de su obra monumental en favor de la abolición del pillaje y el maltrato inhumano al que estaba sujeto los aborígenes de esta América nuestra, que pagaban con sus vidas las atrocidades de la "Conquista y Colonización"...Rafi era un idealista incorregible. Un soñador de realidades concretas en un universo de irrealidades abstractas. Era un Quijote huérfano, sin cabalgadura y sin escudero. Armado sólo con un montón de razones que poco a poco se fueron liberando de sus ataduras partidistas en un afán casi obsesivo por buscar aquella Verdad eterna, inamovible.

“Te quiero, hermano”

Eres chiquitín,
chico chico, mi hermano
de mi alma.
Siempre serás
aquél chico
de cachetes y mejillas,
que siempre lloraba,
al verme ir
con mis queridas amigas.
Siempre íras conmigo,
aunque nos separemos
y aunque nos
vayamos
siempre unidos
estaremos, pues
ya nuestra madre se
encargó de hacerlo,
con un gran lazo de razo.

BENITO, ROCÍO, JAVI, BEA O CÓMO SALIR DE VIAJE.

-En busca, buscaba, para encontrarte.....- decía la canción que nunca escuchaste.

-Venga, no te pongas nostálgico-.

La vida se resume en dos palabras, aunque una es prescindible, EL DINERO, el artículo "el" es la primera palabra. Este resumen era válido para todos nosotros.

-Ja, yo sin dinero.....-

La nostalgia no es más que la búsqueda de una verdad que creíste encontrar en un tiempo, pasado, presente o futuro, no importa cuándo.

-No, si en realidad él es un poco elitista-

El frío lugar de la soledad que nos consume a mediados de agosto de este año 99, ó 66, depende de cómo quieras verlo.

- Tengo frío...-

Sí, ese es un problema de intelectuales, convertidos por el dinero en pocas manos, en frutos amorfos del capitalismo más asqueroso.

Como si de una foto promocional así os pusisteis, ella y él sentados, ella de pie y tú detrás del artefacto no sonoro, que era tu cámara no digital. También jugaste en el cinema. Uno, se ve poco. Ella. Él, se ve mucho. Él que está demasiado cerca para ser captado por los no altos instrumentos de precisión que llevabas en aquella mochila verde-negra.

El rojo que aparece por detrás, no es más que una luz etérea. Si la encontraste de aquél pantalón que tapara algo, un trozo, un sueño, una réplica, una llamada del más profundo de tus pensamientos, el azul.

También tapaste de forma severa, austeridad es la palabra más cercana, a una realidad que quieres ocultar al presente, la comunicación de una intimidad seria, definitiva y seriada. Es divertido el ruido.

Sé, que la realidad anecdótica de la vida no tiene sentido, y si estuviera escribiendo en mi ordenador hubiera borrado todo lo escrito anteriormente. Pero... no tengo ganas de desperdiciar una hoja.

Ella estaba sentada, es la realidad más irreal que conozco pienso que pensar en ella no es más que ser un poco más absurdo en el buen sentido de la palabra. Una absurda ternura que te conmueve, que me conmueve. El andar de la realidad nunca va más allá de lo previsible.

Domingo, 20:13 de la tarde, agosto, algo productivo.

Sé, que la realidad anaranjada no es más que la deformación de la realidad por efecto del ente, que aquí se apagó sólo el 54 ó 55%.

Ella es naranja, en mis sueños, mas mis sueños naranjas no son. Tú sabes que nuestra verdad se esconde detrás de aquel rojo, algo anaranjado, pero en esencia: rojo.

La realidad es fría, fría es la realidad. Y yo con frío te fundo, para poder inmortalizar tu beso en un bronce no deleznable, en un metal poco común por estos lugares, pero que viajando quizás consigamos encontrar.

Sé, que la verdad no está aquí, pero os quiero.